

EL VERANO SIN VERANO

Camilo Marks

*Higher still and higher
From the earth thou springest
Like a cloud of fire;
The blue deep thou wingest,
And singing dost still soar, and soaring ever singest.*
(Más arriba y todavía más alto,
Desde la tierra te lanzaste
Como una nube de fuego;
Volabas en el azur profundo,
Y cantando aún te elevabas, y al ascender siempre cantabas)

Shelley: *A una alondra*

1)

El tiempo y el espacio no importan. Son solamente hechos. Hay, además, otros hechos. Recordaré algunos y evitaré referirme a muchos, lo haré deliberadamente. No es que me cueste sacar a relucir aquellos importantes y echar al saco del olvido esos que a uno le son indiferentes. Muy a menudo ocurre a la inversa. Como cuando bailé con Marcelo. A veces pienso en Marcelo y lloro. Son lágrimas aisladas, que apenas me mojan la cara. No suelto el trapo fácilmente ni suelo provocarme el llanto. Es sólo un hecho.

En realidad, no lo conocí. Era apenas alguien que me sacó a bailar cuando tenía catorce años y ello sucedió por la simple casualidad de que él vagaba por ahí, yo estaba al frente y la música cambió. ¿Se acuerda alguien de los tiempos en que las damas se sentaban en una fila y los varones en la opuesta, esperando que uno de ellos tomara la iniciativa para no quedar plantada, para no *planchar*? Parece que fuera hace siglos, pero son muy pocos años los que han transcurrido desde entonces, sobre todo en provincias. En esas ocasiones, las manos se tomaban sin entrelazar los dedos, sin acercar los cuerpos, sin pegarse con el otro, por ningún motivo pegarse con el otro. Hasta que la canción terminaba de improviso y entonces había que retornar a la silla o ir a echarse unos retoques al baño; con suerte, se podía comentar algo si una amiga estaba haciendo lo mismo. Hoy parece antediluviano: es casi como creer en el Viejito Pascuero o la cigüeña trayendo a las guaguas desde París, sin intermediación carnal.

Y bailé con Marcelo justo cuando el pickup cambió a otro disco (*Herida*, de Timmy Yuro). Yo estaba precisamente al lado de Marcelo, quien me cercó con sus manazas, juntó nuestros torsos de modo que lo sintiera rodeándome entera, casi como si mis piernas y mi pecho fueran una parte que integraba los suyos, pero solo por esos pocos instantes. Yo era la nada misma para él. No era algo que le estaba sucediendo. Él era el modo en que bailaba y para Marcelo, en aquellos momentos, la lenta, ronca, doliente y agria evocación melódica era lo único que existía, como si hubiera sido creada por él, sólo para él.

Claro que con Helena (se escribe así, con hache, igual que la causante de la guerra de Troya) era muy distinto. Cuando Marcelo y Helena bailaban, siempre eran una sola carne. No se movían dos, sino uno, transfigurados, dos convirtiéndose en uno. Lo hacían tan a la perfección que daban ganas de ponerse a gritar ahí mismo al verlos fundidos, soldados como una llama, la llama del movimiento y la armonía.

Mi prima Marta tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho y tanto ella como sus mejores amigas –cuatro o cinco- jamás se habrían acercado a Marcelo. Lo definían con varias palabritas de moda en aquella época, aún cuando, hoy me parece rarísimo, ninguna de ellas era *roto*. Desclasado, desubicado, desfasado, pelele -¡pelele!, al evocarla me da risa; había una película, *La dama y el pelele* que, para mí, obvio es decirlo, estaba prohibida-, simplote, pueblerino, palurdo, chusco. No. Esta última la acabo de inventar mientras escribo; por cierto, había un arsenal de adjetivos para indicar, de manera tajante, irreversible, que Marcelo estaba muy por debajo de nosotras. Como si anduviera con harina repartida por la ropa y el pelo, como si sus manos fuesen grietas por donde se colaban la masa, el dinero, el pan. Marcelo trabajaba en el negocio de su tío Armando, la mayoría del tiempo en la caja, junto a la vitrina, desde donde se podían ver las marraquetas, las hallullas, los chocosos, los queques y dulces que se horneaban en el fuego a leñas de la amasandería.

Y cada vez que yo le preguntaba a Marta o sus amigas acerca de Marcelo, ellas cacareaban “ese patán”, “ese tal por cual”, “ese papanatas” “ese proletario”. Sí, gorjeaban “proletario” como si canturrearan un bolero o una balada. Desde luego que, hasta donde yo sé, la palabra “proletario” no ha figurado jamás en ninguna canción (salvo en *La Internacional*, que es, después de todo, una marcha). Y a mí me sigue pareciendo una de las más sublimes del mundo. Mi prima y las niñas con las que me junté ese verano aceptaban, única y exclusivamente, a los privilegiados, así, tal como suena. Al principio, Marta había puesto sus ojos en Isidro Zabaleta, quien, si somos francos, era alguien muy lejos de pasar por un richachón o, explicándolo mejor, sus padres se hallaban a gran distancia de

pertenecer, exactamente, al grupito favorecido por las chiquillas. Claro, eso se supo un tiempo después.

-¿Y qué tal Claudio? –les pregunté con deliberación, para provocarlas. Él tenía que ser privilegiado. Mal que mal, se apellidaba Lyon, su padre era gerente de uno de los bancos más importantes del país y, de seguro, accionista de la sociedad anónima propietaria de esa y otras entidades financieras.

De más está decirlo, todas aullaron, trinaron, lanzaron carcajadas ante mi pregunta. ¿El cara de queso? Ni siquiera entendí eso de queso. Claudio tenía un rostro redondo y algo mazamorriento, o sea, para Marta y sus amigas, eso era como el cuajo y los grumos de la leche. Agregaron otros sobrenombres: “apollerado”, “mariposón”, “bicho raro” y, una de ellas, creo que era Rosita, quien se sentía la más sofisticada de todas, sumó a la andanada de calificativos un término parecido a rara avis, mas esto es atribuirle un nivel cultural grandioso, pues lo que dijo fue muy, pero muy distinto.

Marcelo, con graciosa condescendencia, permitía a Claudio el derecho a pegársele. Eso era todo, no había ninguna otra cosa. Claudio lo idolatraba, igual como quien antaño adhería en la pared fotos de estrellas de cine y en la actualidad también lo hace con jugadores de fútbol. Ni una pizca de homosexualidad existió en esa relación, y tuve la certidumbre de que así era en aquellos lejanos días y más tarde lo comprobé de manera fehaciente. Marcelo fue siempre un solitario a quien no le gustaba hablar con nadie ni tampoco tenía o quería tener amigos. Aceptaba, toleraba o tal vez incluso se sentía a gusto con Claudio, sin ir más lejos. ¿Quién es capaz de resistir la adoración total, sobre todo si ella va acompañada de gruesos fajos de billetes en el bolsillo?

Marta había vivido siempre con la tía Aurelia. Su madre murió en el parto y su padre, sobrino de Aurelia, era un oficial de la Fuerza Aérea o algo por el estilo, debido a que pasaba en la tierra muy poco tiempo. Ese verano, el postrero de mi prima en Futrono, porque debía prepararse para entrar a la universidad y hacerse a la idea de vivir en Santiago con el aviador, la tía Aurelia también recibió a los Coronado, una peste ambulante. Tanto Patricio Coronado como su mujer Gabriela, eran profesores de historia natural y andaban de viaje por una remota

provincia boliviana, muy poco apto para acarrear niños de corta edad. Los tres Coronado eran, más o menos, de mi edad, con la diferencia de que, a los catorce o quince años, todos los hombres son insoportables, así que tanto Marta como yo nos hacíamos humo apenas los veíamos acercarse. Yo compartía la misma pieza con mi prima y, en la medida de lo posible, manteníamos a raya a esos niñitos.

El pueblo, Futrono, constituía, en sí mismo, un hecho, quizá debiera considerar un acontecimiento o un evento, según se acostumbra decir ahora. Para una niña nacida y criada en una ciudad enorme, era como pasar las vacaciones en un libro de historietas norteamericanas. Sin tráfico, sin buses, con las carretas tiradas por bueyes en las mañanas y las tardes, el discreto malecón para el vapor de Gustavo Hott y las demás embarcaciones, una pequeña tienda de comestibles donde llegaron los primeros helados Bresler en paletas, más la fábrica de pan, la oficina de correos, la minúscula municipalidad y la hostería de los Schröder, Futrono fue un sueño (ya hace demasiado tiempo que dejó de serlo).

Y todos los sábados en la tarde y hasta entrada la noche, había bailoteo en la residencial, un edificio de dos pisos, extendido en forma caprichosa y que miraba al Lago Ranco por donde uno estuviera. Así fue cómo una niña de catorce años llegó a bailar con un joven mayor que ella, ese verano en que, además de aparecer Marcelo, surgió Helena. Cada quince días, más o menos, venía una banda a tocar música en vivo; en esas oportunidades extraordinarias no se bailaba: se acudía a oír, a ver el milagro de las ondas sonoras producidas ahí mismo por los instrumentistas. La señorita Estela Schröder, hija de los dueños del local, había enseñado piano durante veinte años a todos los chicos y chicas de unos sesenta kilómetros a la redonda, cuyos padres amaban a Mozart y Schubert. Empero, cuando llegaba la banda, la profesora daba saltos, sin remilgos de ninguna especie, al rock and roll y eso exasperaba, hacía casi imposible quedarse sentado. En ocasiones, aparecían intérpretes que bajaban de los pueblos vecinos, casi todos de apellidos germánicos, tales como Kunstmann, Rauch, Fuchs, Andwandter, Schwenke, con trompetas, clarinetes, flautas, violines o baterías. Toda esa gente, que tocaba por el puro gusto de hacerlo, sin ser profesionales, tenía cierto espíritu. Lo hacían por puro amor al arte y si les pagaban algo, era una

cantidad irrisoria. A mí, esos individuos con nombres de salchichas o cerveza me dejaban ciento por ciento fría; planteado en otra forma, creía que sus hijos o parientes se mostraban un tanto bobalicones; en cambio, Marta y sus amigas se licuaban al verlos. No es necesario ser adivino para saber el por qué: todos eran rubios, algunos inclusive medio albinos, la gran mayoría ostentaba ojos azules, verdaderas canicas de espejuelos opalinos y, en honor a la verdad, muchos eran harto pasables. No obstante, es preciso insistirlo: para mí, ninguno le llegaba a los talones al pelafustán de Marcelo Urbina. Con los años, he tratado de librarme de mis preconcepciones contra esos grupos cerrados de inmigrantes del siglo XIX, quienes practicaban extraños rituales de reconocimiento, similares, a mi juicio, a los que deben llevar a cabo los miembros de la francmasonería (sin contar con que, cual fruto de su pésima educación, se entendían entre ellos en una jerga gutural, que, se supone, era alemán). Debo reconocer que dejar de mirar en menos a esa colonia compuesta de sujetos fatuos, quienes, a mi parecer, han sido una nulidad cultural en el desarrollo de este país, fue una tarea difícil, ardua, dolorosa, debido al mero hecho de que no puedo separar a esas blondas caritas de la persona y la faz de Marcelo, el sobrino del panadero. Para variar, convierto mis sensaciones en hechos. ¿Hasta cuándo seguiré haciéndolo? Mi deformación profesional me ha conducido a que los hechos, los hechos, sólo los hechos determinen mi vida o yo crea que la deciden.

Todos se ponían a bailar. Los que recién caminaban, saltaban unos encima de otros. O, según los turnos establecidos, chiquillos y chiquillas danzaban al ritmo de empaquetados vales con sus papás y mamás y hasta los abuelos o las abuelas fregaban el piso con sus pasos. Yo bailé con Marcelo. Y lo hice por una sola y única vez donde los Schröder. Después de esa noche, las muchachas mayores -sea como fuere, entre catorce y diecisiete o dieciocho años hay una distancia abismante- me enseñaron cómo hacerme la interesante, sin que pareciera que lo hacía. Se trataba de que nadie notase que uno estaba buscando un compañero o algún chiquillo en particular, demorándose en algún punto específico de la sala o bordeando la pista de baile. Cuando el muchacho en cuestión se aproximaba, había que dar un paso por aquí, otro por allá, sin que se percibiera, hasta que él

estuviese casi al lado tuyo. Marta y yo practicábamos ese exquisito arte todas las noches en su dormitorio. Sin embargo, tal vez debido a mi edad, nunca tuve pretextos para hacerme de veras la interesante.

El problema es que la tía Aurelia tomaba todas las decisiones y lo que ella decía era lo que debía hacerse, sin posibilidades de apelar o sin chance alguna de contradecir sus designios. Por eso, estuvo lejos de su cabeza preguntarle nada a nadie cuando se le metió entre ceja y ceja la idea de que los primos Coronado -Patricio, Álvaro y Gabriel, en orden decreciente de edades-, cuyo inminente arribo nos anunció, deberían pasar tres semanas en la isla de Imahuito, a veinte minutos de Futrono en el vapor de Gustavo Hott, con Marta y yo incluidas, eso está de más decirlo. Hay varios islotes y una isla grande en el Lago Ranco que, según me lo informaron, pertenece o pertenecía a la familia Edwards. Por supuesto, a pesar de las conexiones de tía Aurelia y mis padres, jamás existió la más remota oportunidad de coincidir con tan egregios personajes. Nosotros éramos un poco adinerados, y ellos, de acuerdo a lo que se me dio a entender, sobresalían entre los dueños del país. La cabaña donde llegamos estaba entre bosques, sobre el lago, y unos amigos de tía Aurelia se la cedieron gratis, mientras ellos tomaron rumbo al norte, a visitar a sus parientes, durante más o menos un mes. Todo el mundo, sin excepción, le debía favores a tía Aurelia, la monarca indiscutida del pueblo; a veces, se trataba de servicios impagables. Nada extraordinario, entonces, que pudiese disponer de casas, autos, mozos, camas, muebles, que todos los comerciantes o latifundistas de la comarca le hicieran regalos, que ella aceptaba con la dignidad de una soberana. En aquellos días, los terrenos de esa región eran baratos, había una privacidad absoluta, para los adultos se presentaba la reconfortante sensación de encontrarse suficientemente aislados y, cuando se tenían ganas, se iba a Futrono en lancha o bien se podía tomar el vapor, que hacía el recorrido por las islas en la mañana, al mediodía y pasado el atardecer. Mi madre, quien me despachó a pasar esas vacaciones con Marta y el resto -huelga decirlo, ni siquiera tuvo la ocurrencia de consultarme-, prefería la congestión del tránsito urbano a las bellezas naturales del sur. A decir verdad, su dilema no era la belleza: lo que odiaba eran las criaturas que ineludiblemente

acompañan a esos deslumbrantes paisajes: zancudos, avispas, moscas, arañas, abejas, y toda clase de sabandijas que vuelan, aletean, reptan, trepan o saltan encima de uno a cada rato. Por descontado, tía Aurelia no iría con nosotros. ¿Encerrarse por tres semanas rodeada de niños? No, muchas gracias. Al igual que mi madre, o mi padre, quien era agente de la Bolsa de Comercio, ella tenía excusas relacionadas con sus misteriosas y crecientes inversiones.

Tras el anuncio de que partiríamos a Imahuito, la tía Aurelia declaró:

-Contraté a una joven para estar con ustedes. No tendría sentido que, además de estar objetivamente impedida de ir, me tome el sacrificio de hacerlo sólo para dedicarme a lavar, planchar y cocinar para media docena de críos.

-¿Quién va a ser nuestra empleada? –preguntó Marta.

-Helena. Hablé con ella, le propuse un sueldo más que decente y aceptó. Ustedes la conocen.

La tía Aurelia deslizó con algo de esfuerzo la palabra “Helena” de su lengua como si, justo en esos momentos, la acabara de recordar. De su parte, era puro fingimiento, una especie de estudiada indolencia, porque conocía los nombres de medio mundo en la zona.

A Marta se le descompuso el semblante y quiso decir algo. Fuese como fuera, ya estaba por cumplir dieciocho años y debería tener derecho a voz, si no a voto, en asuntos de esta envergadura. Pero estuvo callada y su rostro se crispó en una mueca de taimadura. La tía Aurelia, aparte de sentirse propietaria del Lago Ranco, era, en muchos respectos, la jefe de la familia y no sólo en forma nominal. También corría con los gastos, pagaba las cuentas y se hacía cargo de organizar el veraneo desde los detalles mayores –transporte, víveres, paseos-, hasta esos que se daban por archisabidos, como la comida, el vestuario, la solución a repentinos problemas de salud, el arbitraje en las disputas y peleas, que eran frecuentes y, en numerosas oportunidades, virulentas.

-Helena es una mujer fuerte. El año pasado hizo una limpieza a fondo cuando se fueron todos; sacudió las alfombras, las dejó flamantes y es capaz de acarrear toda la ropa sucia en un cesto subiendo las escaleras en unos segundos.

La tía Aurelia continuó su disertación sobre las cualidades de Helena, sin expresar nada malo. No me atreví a preguntarle a Marta por qué había puesto cara larga ni si había un motivo para sus transparentes aprensiones. Mi prima poseía la cualidad de bordar, de adornar, de retorcer las palabras para convertir una anécdota insulsa en un relato excitante, que casi nunca era verdadero.

Yo ya había visto a Helena, claro que sí. Alguien me debe haber dicho: “Ahí va Helena”. Caminaba erguida por la avenida San Martín, la única calle pavimentada del pueblo, abría los portones de las oficinas municipales, o tomaba asiento en una de las mesas del boliche con un desplante que debió haber causado envidia a Marta y todas sus amigas. La puedo describir como si tuviera una fotografía suya en mis manos. Era alta como un hombre, delgada, atlética, con largo y denso pelo negro, sujeto por un peine encima de la frente y cayéndole hasta la cintura, a menos que estuviera trabajando, cuando se lo sujetaba sobre la coronilla con trenzas o una cola de caballo tirante y recogida sobre la cabeza. Helena tenía ojos grandes, del color de la mora, pómulos salientes y nariz recta, como una guerrera mapuche. Y la había visto bailando con Marcelo, para quien yo simplemente no existía.

Llegó al día siguiente de nosotros. El tiempo corre demasiado rápido a orillas del agua. Y pasábamos el día entero metidos en ella. Helena disponía el desayuno y todos teníamos que levantarnos antes de las diez de la mañana. Luego limpiaba la cocina y esperábamos su veredicto:

-No se metan en el lago hasta una hora después de haber comido.

Le hacíamos caso a medias. Alcanzábamos la orilla de la ribera antes del plazo y los niños empezaban a salpicarse con fruición. Helena, entonces, se instalaba en el bote a remos para quien quisiera subirse, lista para bogar con cualquiera que deseara internarse en el Rancho. Nadaba como un delfín, hendiendo las olas con seguridad, atravesando el agua como una flecha. La tía Aurelia, por costumbre, se aparecía sin aviso, en visitas inspectivas que duraban menos de una hora, ya que, al parecer, el arreglo que había dispuesto la tenía de lo más contenta.

Las amigas de Marta caían a diario y muchas veces pasaron la noche con nosotros. Cuando averiguaron que, entre los vecinos, había dos que ya estaban

en primero o segundo año universitario, mientras el tercero iba en el último curso de humanidades, como se le llamaba entonces a la enseñanza media, fueron presas, literalmente, de un éxtasis cuasi religioso. Los hombres estudiaban en la Universidad Católica y el Colegio Verbo Divino, respectivamente, lo que los hacía irresistibles. Apenas se conocieron, ya estaban hablando de fútbol, de personas conocidas o amigos comunes (¿es posible encontrarse en Chile con alguien que no se haya topado con parientes o relaciones de uno?), de fiestas en las que se verían durante la primavera, de política contingente. Sin perjuicio de que Marta y Rosita no distinguiesen entre comunistas o conservadores –no respondo por la familia de Rosita, pero en mi hogar y en el de tía Aurelia jamás se tocaban esos temas, ya que eran considerados muy tediosos-, sus nuevos amigos estaban horrorizados ante la posibilidad de un gobierno encabezado por Salvador Allende. Casi resultó electo en 1958 y a un año de las próximas elecciones, el peligro era inminente. Aun así, odiaban más a la Democracia Cristiana que a los socialistas y sus adláteres y pese a que yo tuviera catorce años, a punto de cumplir los quince, eso me parecía sumamente extraño. De más está decirlo, Marta y sus amigas respondieron a las inquietudes de sus nuevas conquistas con redoblado terror. Rosita, en particular, desarrolló su vocabulario preciosista para referirse a la calamidad que podría significar que los descastados, los resentidos, los palurdos llegaran al poder.

Los Benavides eran, entre muchas otras cosas, dueños de una lancha con motor fuera de borda, practicaban, con relativa destreza, el esquí acuático, poseían un barquito primitivo, en el que se desplazaban con un grado de soltura y un par de veleros de poco calado. Helena era como la batelera de la tonada; o sea, manejaba muy bien la barca y trató de enseñarnos a conducirla, lo que es bastante difícil, porque la chalupa tiende a dar vueltas y más vueltas en círculos, salvo que uno tenga brazos fuertes y músculos, como Helena. Muy pronto, se comenzaron a improvisar malones –así se denominó en esas temporadas a las fiestas en que todos aportaban algo: comida, bebidas, tragos- en nuestra casa, en la de los vecinos y en otras, todas cercanas. Durante nuestro primer sábado, supe que Marcelo trabajaba con los Benavides, los Echeverría y los Altamirano, todas

las tardes después del cierre de la panadería de su tío Armando. Se aplicó con esmero a instruir a los jóvenes en diversas formas de navegación a vela, con piratas y lightnings, que admitían uno o dos pasajeros y eran guiados desde el foque por quien tuviera mayor pericia, mientras el otro hacía peso y controlaba el timón. Entonces resultó imposible para mí apartar la pregunta: ¿cuál de los dos había escogido asegurarse un empleo en la isla, después de que él o ella ya habían sido contratados.

En las tardes, todos bailaban: los vecinos, Marta y sus amigas, los Coronado y otros más pequeños, que hacían esfuerzos denodados por seguir los pasos de los mayores. Marcelo y Helena se deslizaban juntos, mientras yo observaba por el costado de las improvisadas pistas. Contiguo a mí, se hallaba Claudio. Nunca pude enterarme por qué le decían Cara de Leche, en circunstancias que parecía africano en comparación con los teutones que soplaban las cornetas donde los Schröder. Marta y sus amigas simplemente rompían en carcajadas cuando les inquiría, con términos como “quesillo”, “nata”, “crema Nestlé”. Se asemejaba un poco a la masa de pan, es cierto, aun cuando estaba lejísimos de ser gordo; apenas se veía un poquitín fofo y nada, pero nada de feo. Era tímido por naturaleza, siempre iba a permanecer más bien a un lado, su destino era ser pasado a llevar, en circunstancias de que su educación sería muy superior a la de los otros y sin que importase que, para todos los efectos prácticos, cuando creciera, terminaría siendo un destacado ejecutivo, si no el director, del banco en el cual su padre poseía un importante paquete accionario. Como se verá, él debe haber mantenido bien la fortuna de los Lyon (a la larga, resultó el más habiloso y aprovechado de todos nosotros). Más tarde, sus padres lo hicieron estudiar leyes, se aventuró en la podrida carrera judicial y terminó por darme la sorpresa del siglo.

Claudio y yo tomábamos asiento en el banco de la orilla y nos daba por contemplar a los bailarines. Algunas veces, lo obligaba a ponerse de pie y hacía intentos por enseñarle cómo moverse siguiendo la música. Pero él nunca fue capaz de entender el compás, los tiempos, el movimiento. Claudio siempre venía a la isla para examinar las enseñanzas del magnífico instructor en la distribución de las cuerdas y las lonas del velamen (aun no llegaba el dacrón), obedeciendo sus

órdenes si Marcelo precisaba ayuda. También acudía, sin faltar en ninguna ocasión, a las noches bailables, para llevarse de vuelta a su amigo.

Una sola vez, bailé de nuevo con Marcelo. Él se dirigió donde Claudio y yo nos encontrábamos, para preguntarle alguna cosa al joven de facciones tan pálidas. Creo que se dio cuenta cómo mis pies sintonizaban el ritmo, por más que yo estuviese sentada, fijada al suelo. Lo entendió porque era un bailarín nato, ni por asomo un profesional, pero con la cadencia formada en sus huesos, rugiendo en la sangre. Sin preliminares, me cogió la mano, me alzó del banco, dijo: “Ya, vamos”, y comenzamos a rodar por el piso. Fue completamente diferente a la fecha anterior: ahora girábamos en un rock de éstos que en el presente ni se divisan, que te levanta por los aires y te deja en las nubes.

Cuando Helena regresó del baño tras haberse empolvado la nariz, Marcelo me hizo volver al asiento. Guiñó sus ojos hacía mí mientras se alejaban. ¡Qué duda cabe, nuestras sacudidas habían sido la sensación de la tarde! Tanto fue así que incluso algunos, entre los amigos mayores de Marta, se percataron lo suficiente de mi persona como para sacarme a evolucionar en los taconeos, los saltos y piruetas que exigían las melodías de Bill Halley, Elvis Presley o Gene Vincent. Bueno, creo que también llevo la danza en mis venas y en mis huesos.

Esa misma noche le pregunté a Claudio de dónde provenían las habilidades en la navegación a vela de Marcelo, hasta el punto de ser capaz de enseñarles detalles de alto conocimiento a los muchachos. Me observó consternado. ¿Cómo era posible que yo tratara con Marcelo y desconociera eso? Me esforcé en explicarle que no sabía nada de él y su novia era la empleada que trabajaba para nosotros. Antes de aquel día, yo solo me había limitado una única vez a salir al ruedo con el joven veinteañero. De modo que tuvo que informarme:

-Marcelo va a entrar a la Marina Mercante. Ha estado estudiando todo el año para pasar los exámenes y aprobar lo que sea para ser admitido. Cuando era niño, ya sabía cómo usar los instrumentos, desplegar los toldos, enfilar la embarcación según el viento o en contra de él, izar las jarcias y lo demás, de lo que yo, por supuesto, no entiendo ni jota. Su padre fue marinero en una empresa de transporte y llegó hasta China.

Podía ser cierto o corresponder a la fantasía de un adulto, narrada a un pequeño que necesitaba un héroe a quien reverenciar. En cualquier caso, daba igual, porque Marcelo sería un hombre de mar, si es eso lo que quería. Y en el transcurso del verano Claudio prestaba una atención embelesada a las parcas historias que su inexpresiva deidad se dignaba narrarle.

Recuerdo tan bien todo acerca del último baile de aquella noche. Eran pasadas las once y media y no veía a Helena por ninguna parte. Me separé de Claudio y caminé hasta donde Marta hacía de las suyas con su nuevo admirador. Mi prima no me hizo gestos para que me retirara, quizá porque me vio muy preocupada.

-¿Dónde está Helena? –le pregunté.

Ella dio una fugaz inspección a las parejas que daban vueltas en el piso y su respuesta le salió muy poco amistosa:

-A lo mejor se fue abajo, se metió en la casamata de los botes.

-¿Y qué está haciendo ahí?,- le insistí. Mi ingenuidad era, con certeza, natural: todavía una niña, sin ninguna experiencia con chicos. Por un instante, Marta y sus amigas cesaron de dar rondas en el piso y me fiscalizaron, primero con el comienzo de una sonrisa, luego con sorna. Y Rosita se largó a reír. Marta y las otras le siguieron. Los muchachos se mostraron cortésmente impávidos. Claro, se presumía que se las sabían todas y deseaban ser educados.

Tras haber agotado los carcajeos, Rosita dijo, como si se tratara de algo que todo el mundo sabe:

-Ahí es donde van las parejas.

-Cuando quieren estar solas –agregó Marta.

-Para besuquearse y atracar –se explayó Rosita.

Tuve que entender. Tan inocente no era y en mi colegio se llamaba a eso de distintas maneras, siempre con circunloquios y eufemismos, con excepción de Carmen Andrade, famosa por sus garabatos, sus groserías y la forma de ingeniárselas para que nunca llegaran a oídos de inspectoras o profesores.

-En todo caso, volverá aquí antes de que pare la música –dijo Marta-. Jamás se atrevería a quedarse más tiempo –les explicó a sus amigos-. Ella conoce muy bien a la tía Aurelia y sabe que la estará esperando.

En realidad, era así. Tal como Marta me lo había comentado a comienzos del verano, nuestra tía era inmovible y, para ella, las reglas eran sagradas. Aunque variaran en intensidad, rigor y eclecticismo, se hacía respetar y ejercía un poder absoluto, pero sutil, con todos cuantos estuvieran a su alrededor. De modo que cuando las luces se velaron para poner el último disco, casi siempre uno de los Platters, los vi aparecer. Helena y Marcelo bailaban, dos convertidos en uno. Los aceché durante todo el tema (*El gran simulador*), en una especie de ensoñación diurna. La palabra “diurna” es una estupidez supina, además de resultar incongruente, porque eran cerca de las dos de la madrugada. Deseé con todas mis fuerzas, anhelé dolorosamente ser mayor, crecer, madurar, con el objeto de tener conmigo a un hombre que me cogiera en sus brazos como Marcelo rodeaba a Helena.

Marcelo y Claudio nos dieron las buenas noches con gestos de cabeza (en esos tiempos, no se saludaba de beso como hoy día). Helena nos condujo a casa. Marta y yo hablamos poco. Estábamos muy cansadas y, cada una de nosotras tenía mucho para recordar, desde el principio del verano hasta nuestra noche final a orillas de la playa lacustre, cuando los chicos hicieron aletear sus manos, en señal de despedida o, a lo mejor, indicando la esperanza de un reencuentro.

La tía Aurelia alojó esa noche con nosotros. Me desperté temprano, por causa de las agudas voces de los niños, que horadaban el silencio como si se tratara de un día de la semana y no un sábado. Marta ya se había levantado y conferenciaba en el living con tía Aurelia, mientras los Coronado aumentaban el volumen de sus chillidos, hasta que irrumpió la pregunta:

-¿Dónde está Helena?

Marta parecía dubitativa:

-¿No está aquí?

-No. No está aquí. No se ve en ningún lado –Todos hablaban a la vez-. No está y no hay desayuno.

-Tal vez se quedó dormida –dijo tía Aurelia-. Luego vaciló, caminó hacia la parte trasera de la casa, seguida por Marta y por mí.

Llegamos a la habitación de Helena. Siempre dueña de la situación, por principio adecuada, sin alterarse, tía Aurelia golpeó la puerta, de modo gentil, con sumo cuidado para no hacer saltar de la cama a una persona durmiendo:

-Helena..., Helena..., soy yo, la tía Aurelia.

No hubo respuesta. Tía Aurelia lo intentó otra vez, en voz más alta. De nuevo, no hubo respuesta. En forma renuente, agarró la manilla, algo que estaba en contra de todas las normas y los buenos modales: es inadmisibile abrir la puerta de un dormitorio ajeno, incluso el de los sirvientes. Pero al no recibir ningún sonido, al final desplazó una fracción del compacto bloque de madera, lo suficiente como para echar un vistazo adentro. Luego vio toda la pieza y dijo:

-No está aquí.

-Debe andar por algún lado –dijo Marta-. No puede haberse ido. Todas sus cosas siguen ahí adentro.

En efecto, el cepillo para el pelo sobresalía en la cómoda, así como también la caja de polvos faciales y una pequeña bolsa de maquillaje. Su camisón de dormir, doblado de manera impecable, colgaba del respaldo de una silla. La cama estaba hecha y no parecía haber sido usada la noche anterior. ¿O era sólo una impresión mía y quizá había dormido ahí para después...? ¿Para después qué?

Tía Aurelia afirmó categóricamente:

-Volverá. Le debo el pago de la última semana. No se va a ir sin recibir su dinero.

2)

Pero Helena no volvió ese día.

Ni tampoco regresó al siguiente. Ya para entonces, todo estaba sumido en la confusión de la partida. Tía Aurelia empacó las pertenencias de Helena en su propio baúl. Eran escasas: la falda y la blusa que usaba para trabajar, los pocos utensilios o cosméticos, incluso su cepillo de dientes y el tubo dentífrico habían sido abandonados, así como su lencería (una enagua para el uso diario, otra para el lavado, la última para ponerla a secar), sus zapatillas de levantarse y una vieja túnica para la noche, que nuestra tía le había dado como regalo. Desde luego que se había llevado su cartera con ella, la misma que portaba durante la noche en que se ausentó de su habitación. Con seguridad, tendría en su interior una peineta, lápiz labial y una caja de polvos para la cara, más algunos imprecisables efectos personales.

Me las arreglé para escabullirme por la puerta lateral en un momento propicio, cuando todos estaban frente a la casa o apilando las maletas y bultos. Me escurrí rápidamente en medio de los árboles hasta llegar al sendero que conducía hacia el promontorio de riscos que dominaba esa parte del lago. En verdad, de camino tenía bien poco: sólo había montículos de tierra durísima, guijarros, piedras, trozos de vegetación espesa, sin malezas, lianas o pasto silvestre. Se trataba de una impenetrable masa verde, al interior de la cual caminé en zigzag por la huella, hasta la cima de los farellones, elevados muy arriba del agua oscurísima, sin fondo. Era el lugar secreto de Helena, su refugio especial. Una tarde, cuando Marta y Rosita circulaban excepcionalmente locas detrás de unos chicos, Helena me había permitido ir con ella a la cima. Era su tiempo libre de cuidar niños y hacer las tareas domésticas. ¿Por qué me llevó consigo? A lo mejor porque Marcelo había bailado conmigo una vez en la hostería.

No habló acerca de él. Tampoco emitió ni una palabra cuando alcanzamos la cima. Solamente estuvo de pie en el promontorio y miró al cielo o hacia abajo, al líquido negro. En una inclinación inferior a la plataforma de rocas, bastante alto en la cuesta, había un escalón de piedra sobre una cueva, en un nivel más inferior al de la cumbre. Era imposible llegar hasta allí sin arrastrarse por el terreno, abriéndose camino por los rocallones que sobresalían antes del final del sendero. Helena no me condujo hasta la caverna ni tampoco hizo amago de ir ella sola. La

única manifestación física que llevó a cabo consistió en señalármela con el índice, mientras nos inclinábamos sobre el borde. Sin lugar a dudas, era un sitio que daba miedo.

Ahora tampoco yo quería ir allí. Ella no estaba, pero sí había ido la noche pasada. ¿Con Marcelo? ¿Una despedida? Uno en los brazos del otro, dos en uno. “Deja de fantasear, para de soñar”, me habrían dicho Marta, o mi madre o cualquiera a quien le hubiese hablado de ello. Pero enseguida me di cuenta. Antes de constatar, de forma irrefutable, que habían estado juntos en el roquerío, vi el abalorio, la roja bola de vidrio en la vegetación, desparramada en la tierra. Helena usó ese collar encarnado en el baile de la noche recién pasada. Siempre lo llevaba con su vestido de verano, un blanco y ceñido conjunto de blusa y falda con pequeñas lilas salpicadas en el algodón. Las redondelas lucían casi como cristales, de lejos semejaban rubíes, aún cuando eso era muy a primera vista, ya que estaban cinceladas para dar esa impresión; como fuese, al verlas de cerca uno se daba cuenta que eran vidrios. Para ella, eran un pequeño manojito de belleza. Y debió haberlas buscado cuando se cortó la cuerda que las enhebraba. De seguro, se encontraban colgando de alguna rama o en el botón de la chaqueta de un hombre. Miré por todos lados, pero había demasiadas tinieblas para encontrar todas las bolas de color sangre. Divisé una en la punta de la roca pero no me atreví a llegar tan lejos. Revolví las manos en la vegetación y hallé otra, luego otra más, con una hoja aplastada, el verde negruzco grabado indeleblemente sobre la transparencia sanguínea. Más no pude encontrar y tampoco tenía tiempo para continuar buscando. Corrí hasta ver la casa y luego caminé deprisa, con las cuentas bermejas estrujadas en mi puño izquierdo.

Tía Aurelia se me acercó con un grave signo de interrogación:

-Pilar, ¿dónde has estado?

Luego vio mi cara y agregó con dulzura:

-¿Estuviste despidiéndote del verano?

Ella comprendía la necesidad de decir adiós a los bosques, al agua y a algunos momentos de esas vacaciones. En algún rincón secreto, se habían grabado a fuego, para siempre en mi memoria.

Helena nunca más apareció en el pueblo ni en parte alguna. Mi tía Aurelia averiguó con todos sus parientes –una abuela y un hermano de la muchacha- sin resultados positivos. Volví al colegio y, a fines del año siguiente, informé a mis padres que, de ninguna manera, ni aun en las circunstancias más extremas, seguiría una carrera en la Universidad Católica. Después de los soponcios de rigor, parecieron resignarse, si bien, cuando les dije lo que pensaba estudiar -¡periodismo!- casi fue necesario llamar a un cardiólogo. Mi padre estaba dominado por la monomanía de que su única hija mujer fuese abogado y a mi madre le daba lo mismo lo que yo siguiera, siempre que fuese en la Pontificia Universidad Católica de Chile (-¡Hasta teatro te dejaría estudiar, pero en un lugar decente y no en medio de la tropa de revoltosos que se infiltran en esos sitios, pagados por todos nosotros!-. Bueno, en esos tiempos la educación en Chile era gratuita y la palabra “revoltosos” era muy de mi familia; tiempo después pasaría a ser “subversivos” y, más tarde aún, “terroristas”).

Pasaron dos años y regresé a Futrono, a la casa de tía Aurelia, junto a mi madre y Marta, ya estudiando en la enseñanza superior. Mi prima optó por arquitectura, desde luego en la Universidad Católica –su padre y el resto de su familia fueron inquebrantables al respecto, a diferencia de la mía-. Iba en tercer año y sus calificaciones eran regulares; con todo, estaba dispuesta a sacar el título a cualquier costo. Asimismo, se le había pasado la locura de cambiar de uno a otro joven y estaba a punto de comprometerse en matrimonio con un compañero de cursos superiores, siempre y cuando ello le permitiera terminar su carrera, incluso empleando mucho esfuerzo. Marta es inteligente, mejor dicho, astuta; también está dotada de sensatez y con el correr de los años, ha demostrado ser menos clasista, menos cerrada de mente de lo que parecía. A medida que yo me inclinaba más y más hacia la izquierda, había puesto la mira en ella, sin demasiado convencimiento, pero con una dosis de esperanza. Nuestras

discusiones parecían a veces amargas, manteniéndose, eso sí, dentro de un tono amistoso, cordial, franco. Al final, terminaba por encontrarme la razón en cada uno de mis planteamientos, lo que no era nada de raro, porque con todo aquel que alegrara conmigo, siempre me pasaba lo mismo. Más adelante, mi marido reclamaría por mi afán de ganar siempre las discusiones. Lo digo con falta de modestia: ¿qué culpa tengo yo si detento solidez, utilizo bien el lenguaje y mis escasos conocimientos?

Esa tarde, junto a tía Aurelia, Marta y mi madre, el tema de Helena volvió a resurgir. La dueña de casa había dado vueltas a todo el pueblo en busca de la joven y seguía preocupada por haber quedado debiéndole una semana de salario. Hasta que Marta le dijo:

-Deja de preocuparte de una vez por todas. Como sea, yo creo que se iba a tener que ir. Ya se le estaba notando.

Mi madre y mi tía intercambiaron miradas de reconocimiento y dieron por concluido el asunto. Como yo todavía era tontorrón —o cándida— no entendí la última frase de Marta ni tampoco supe interpretar los visajes faciales de las mujeres mayores. De forma que, cuando estuve sola con mi prima en su pieza, le pregunté:

-¿Qué quisiste decir con eso de que ya se le estaba notando?

Marta me dirigió la vista en forma penetrante, especulativa, gesticuló y separó los labios, sin proferir palabra. Por último, con un gesto de infinita paciencia, susurró:

-Tú sabes.

-Por supuesto que no sé. Si supiera, ¿por qué te voy a estar preguntando? Ya se le estaba notando, ¿qué es lo que ya se le estaba notando? ¿Me lo puedes decir?

-Claro que te lo puedo decir. Todo el mundo lo sabe. Iba a tener un hijo. Eso es lo que quise decir.

-¡Entonces se casaron! —No lo podía creer. Pero si ella y Marcelo se habían casado...

-No. No se han casado —declaró Marta—. Luego, endulzando la voz, añadió: -Pilar, si te fijas un poco en lo que hablan los mayores, te haces la lesa, te las ingenias

para escuchar, de modo que olviden que tú estás presente, empiezas a aprender un montón de cosas.

Todavía Marta no sospechaba que ella iba a terminar aprendiendo mucho más de mí que yo de ella, porque éramos muy jóvenes aun y el mapa de nuestras vidas discurría borroso, incierto, sin pautas seguras a las que asirse en aquellos luminosos años. Sin embargo, pude constatar algo tan obvio que, por su misma manifestación, por su sola evidencia, se me había pasado por alto. En una aldea chica se conocen muchas cosas de las que las muchachas en las ciudades han sido incapaces de enterarse. Los caseríos rurales evolucionaron a partir de las granjas campesinas, donde la vida y la muerte conformaban el comienzo y el fin; en medio de ese largo o breve devenir, toda clase de hechos acontecían y no dejarían jamás de suceder.

La sorpresa de esas vacaciones, mucho más cortas e íntimas que las anteriores, fue el intento de la tía Aurelia para dar con el paradero de Marcelo Urbina. Si Helena había desaparecido, por lo menos había dejado alguna huella tras sí y yo conservaría para siempre los rojos cristales –en verdad, los vidrios- de su lindo collar. Pero a Marcelo, según supe al poco rato, se lo había tragado la tierra, se había esfumado sin dejar ni la sombra de un rastro. Mientras atravesábamos la calle para hablar con su tío, el panadero Armando, yo aun no me percataba de los objetivos de la inefable tía Aurelia. Por eso, le pregunté:

-¿Adónde vamos ahora, si se puede saber?

-A hablar con el dueño de la panadería. Presumo que su sobrino Marcelo y la muchacha que se arrancó el año antepasado eran lo que, en mis tiempos, se solía llamar un affaire. No, no es así. Se decía con palabras cochinas, es decir, soeces, porque un affaire generalmente se aplicaba a personas casadas que salían con sujetos diferentes a sus esposos.

-¿O sea que todo el mundo lo sabía?

En cierta manera, que hoy me parece inalcanzable, yo pensaba que era un tema privado, que sólo era conocido por Marta y sus amigos, quienes los veían bailar siempre juntos.

-La forma en que ella corrió detrás de él es el comidillo de todo el pueblo-, concluyó diciendo tía Aurelia.

Ya estaba empujando la mampara del negocio antes de que yo pudiera acudir a alguna excusa para mantenerme afuera. No quería que Marcelo me viera y pensara que había estado hablando sobre él y Helena.

Marcelo no se hallaba en la caja ese día. En cambio, su tío sí se encontraba ahí.

-Buenos días, señora Aurelia. ¿Cómo está? ¿Qué se le ofrece?-. Habló de corrido y su expresión era de pocos amigos.

-Me interesaría sobremanera hablar con su sobrino.

-¿Marcelo?

-Entiendo que ése es su nombre.

Armando desplazó la vista desde el mostrador y la pasó sobre mí. Yo todavía era demasiado joven para ser amiga de Marcelo, por lo que me ignoró al gruñir a tía Aurelia:

-Para serle franco, señora Aurelia, a mí también me gustaría hablar con él. Ese patán nunca más volvió del lago. Todas esas familias a las que les estuvo contando cuentos marítimos no han parado de llamarlo. Y jamás supieron de él.

La tía Aurelia permaneció sin habla sólo unos segundos.

-¿Usted tampoco ha visto a Helena?

-¿Se refiere a la niña larguirucha que anduvo detrás de él todo ese verano?

-¿No la ha visto ahora último?

-Desde que se fue a trabajar con usted, jamás la volví a ver, señora Aurelia. Y mucho menos puedo saber lo que ella le dijo a él.

Los dos se fueron juntos. ¿Pero partiría ella sin llevarse sus pertenencias? Claro que sí, en caso de que Marcelo estuviera apresurado. Algo de dinero debió haber juntado con dos empleos y, con seguridad, le habría comprado a Helena un nuevo cepillo para el pelo y una bata de dormir.

-Igual va a aparecer cuando necesite plata. Va a volver –dijo Armando.

-Le debo el último sueldo a Helena y no me gusta tener deudas. Si alguno de los dos viene a verlo, ¿me lo puede hacer saber? ¿De acuerdo? ¿Me está oyendo?

-La escucho, señora Aurelia, no soy sordo.

Y mi tía salió en estampida, conmigo detrás de ella. De nuevo recalcó, hablando para sí misma:

-Volverán cuando quieran dinero.

Le pude haber respondido que no iban a regresar. Se tenían el uno al otro. Pero ella no me habría creído.

3)

Esto fue hace, ¿veinticinco años, treinta años? Me desempeñé como editora de una revista para mujeres: ropas, modas, regalos, atuendos para las vacaciones, recetas, árboles de Pascua, cumpleaños, onomásticos, decoración de interiores, jardinería, reuniones de asociaciones de damas rotarias, de la Cruz Roja, de voluntarias contra el cáncer, desfiles de temporada, cenas de beneficencia, datos para comprar las mejores empanadas, el comienzo del feminismo, entrevistas a mujeres famosas y otras no tanto. Poco a poco, empecé a deslizar artículos sobre la situación política, muy soterrados, muy diplomáticos, casi como que no quiere la cosa, hasta que comenzaron a dirigirme señales, advertencias, ultimátums y, finalmente, me despidieron sin miramientos. Para entonces, ya me había casado con un dirigente medio de un partido opositor a la dictadura militar. Esa es sólo una modalidad para indicar algo muy diverso, porque Gastón Vargas estaba metido hasta el codo en lo que se denominó el “brazo político” de un grupo armado. Y, ni qué decir tiene, me comprometió a mí y, hasta cierto punto, a nuestros dos hijos, en lo mismo. Terminé por trabajar en revistas que, ya entrada la década de los ochenta, vociferaban contra la tortura, los detenidos desaparecidos, los presos políticos, los ejecutados, los exiliados, los relegados, los allanamientos masivos, las brutalidades desembozadas, y solidarizaban con toda clase de víctimas que habían visto conculcados sus derechos fundamentales. Estuve un par de veces detenida, pero nada más que por poco tiempo, a lo más

un fin de semana, en parte debido a la publicidad internacional que se brindaba a los apremios sufridos por periodistas, en parte gracias a la influencia de mi familia. Gastón tuvo mala suerte en comparación conmigo, porque lo mantuvieron bajo rejas más de tres años. Nuestros hijos estudiaron en colegios “alternativos”, es decir, ni liceos fiscales ni instituciones particulares con tradición, sino entidades más o menos protegidas, donde toda la comunidad, desde directores, profesores y personal de servicio, hasta padres y apoderados, se conocían y confiaban los unos en los otros para así evitar la delación, el soplónaje, la extorsión. No estoy segura de haber procedido bien, porque, considerándolo en retrospectiva, haber tenido a los niños encerrados en una suerte de capullo, a la vez que se les obligaba a asumir una actitud combativa, resulta, cuando menos, poco coherente como sistema educacional. En todo caso, ninguno me salió un tarado fascista, ni tampoco un resentido violentista. Gastón, el mayor, está por terminar leyes y Ricardo, el benjamín, me alarmó con la idea de que quería seguir periodismo. Esto último estuvo lejos de gustarme, porque hay como doscientas escuelas para reporteruchos en el país, la cesantía es rampante y las posibilidades laborales son muy escasas. ¿Podía, sin embargo, oponerme?

A comienzos del regreso a la democracia –ya sé, eso es un espejismo, ha sido todo un contubernio entre los grupos económicos, las fuerzas armadas y los partidos políticos, pero como sigo viviendo relacionada con los medios de comunicación, tengo que usar las palabrejas-, en los primeros tiempos, cuando se empezaron a descubrir fósiles y restos humanos de ejecutados sin juicio o de personas cuyo paradero se desconocía, yo todavía oficiaba de redactora jefe en un diario que se había opuesto al régimen castrense y cubría, claro está, las crónicas sobre derechos humanos. De inmediato, me llamó la atención que un juez estuviera indagando las masacres perpetradas por los militares en la zona del Lago Ranco y, para ser más concretos, en Futrono. En un santiamén, hablé con mi director, me trasladé al lugar y alojé en la casa de tía Aurelia, mucho más vieja, pero más despierta que nunca. Lo primero que hizo fue advertirme que mejor dirigiera mis indagaciones a otra parte, porque, al paso que íbamos, Chile entero

se iba a convertir en un cementerio clandestino. Por supuesto, estuve lejos de hacerle caso y hasta hoy no me arrepiento de ello.

-¿Piensas que puede ser Helena? –me preguntó, después que le entregué un resumen del material que había estado investigando.

Eso era, para ser exactos y precisos, lo que yo pensaba. Nunca creí que había dejado el lago pero, cuando niña, era por completo incapaz de articularlo bien en palabras y tampoco quería que fuera cierto. Por descontado, ella en ningún momento había sido mencionada en las listas de víctimas y creo que Chile es el único país del mundo que tiene un registro de cada una de las personas detenidas desaparecidas o asesinadas, lo que viene a ser lo mismo. Además, hay un archivo por partida doble: en la Vicaría de la Solidaridad, que prestó ayuda humanitaria a los parientes en su integridad, dejando constancia escrita de las denuncias y en los tribunales, pues, con la tradición legalista de esta bendita patria mía, todos los familiares, sin excepción, acudían a la justicia para que averiguara el destino final de sus deudos. La historia de Marcelo y Helena, no obstante, era bastante anterior al golpe de estado y, a menos que ambos se hubieran visto envueltos en movimientos clandestinos insurgentes, cosa muy hipotética, era difícil relacionar el eventual hallazgo de sus osamentas con desapariciones forzadas o fusilamientos sumarios. Sin embargo, algo muy extraño, muy peregrino, chamullento y, hasta cierto punto, falaz, un sí es no es engañoso, brotó en mi brillante cabecita. Decidí, a como diera lugar, incluirlos entre las víctimas de la represión. Y encontré miles de razones para ello. Huyeron de la intolerancia, el prejuicio, la maledicencia, significaron demasiado para mí y, en cuanto a esto último, nadie nos había indemnizado, a mis hijos, a Gastón y a esta servidora, por nuestros sustos, nuestro miedo, nuestros padecimientos. De forma que ricé el rizo y llegué a convencerme de que, si ellos se encontraban entre los descubrimientos de restos humanos, los convertiría en mártires del terror y la tiranía. Ya iba a ver cómo hacerlo para desmentir o desvirtuar los informes médico legales, en el caso, muy teórico, de que fuesen demasiado meticulosos con respecto a la data de la muerte, lo que era, en esa etapa primeriza del fraude democrático, altamente improbable.

Salimos a la avenida San Martín, ahora transformada en un centro moderno, lo mismo que el resto del pueblo, tan alterado hasta ser casi irreconocible; había, por suerte, algunos trazos de lo que alguna vez fue esa localidad. La calle estaba repleta de gente murmurando, pispeando, moviéndose de un lado para otro, en espera del juez sumariante y de los periodistas de la televisión. Yo me había adelantado, eso sí y mi diario sería el primero en entregar la versión fidedigna de los hechos. Vuelvo a los hechos. Vivo, viviré signada, determinada por ellos.

También se encontraba Claudio, de paso por Futrono, seguramente supervigilando las inversiones agrícolas de su padre; como fuere, en Santiago había sido designado ministro de la Corte de Apelaciones. Así que su presencia en el lugar podía también obedecer a motivos profesionales, si bien él no era el instructor del caso de los vestigios de cadáveres encontrados en el Lago Ranco. Saludó a mi tía Aurelia con un abrazo y me dijo:

-Hola Pilar. ¡Qué gusto más grande de verte! No has estado aquí por muchísimo tiempo.

Todavía conservaba la cara de leche, pero sus ademanes sugerían cierto grado de seguridad y bastante aplomo. Y considerando al promedio chileno, me encontraba, sin vacilación de ninguna especie, ante un hombre maduro, algo grueso, pero apuesto y muy, muy distinguido. ¿Es factible encontrar en Chile a alguien con el apellido Lyon que tenga mala pinta? Yo andaba con jeans y una chomba antiquísima y me sentí hasta un poco sucia al lado de su flamante tenida, un terno cruzado de franela, camisa a rayas negras, zapatos finos muy brillantes y corbata de seda con dibujos abstractos, tornasolados, de seguro italiana, que hacía juego con los calcetines en el mismo tono. Se me acercó, me dio un inesperado beso en la mejilla y luego me tomó en sus brazos, reprimiendo un sollozo. Parecía en verdad emocionado de reencontrarme.

-Bueno, bueno, -le dije, con un afecto que sentí renacer, como si no hubieran transcurrido tantos años, por lo menos una generación y media desde nuestro anterior encuentro-. Tú estás igual y te lo digo en serio. Más viejo, eso sí, tal como yo, pero te habría reconocido entre un millón de personas. Y eso se puede decir de muy poca gente a nuestra edad, Claudio.

La tía Aurelia asistía a este intercambio un tanto desconcertada. Claro, la pobre estaba convencida de que yo me seguía viendo con todos los infantes, prepúberes o adolescentes con quienes ella dispuso que pasara las vacaciones o con la juventud dorada a la cual conocí por medio de su intercesión. Ya para entonces, en la mayoría de los casos se trataba de personas afluentes, famosas y de buena o mala reputación, porque, entre ellos, varios terminaron siendo criminales, agentes de la policía secreta, especuladores y, algunos nombres, que prefiero omitir, correspondían a narcotraficantes de carne y hueso o testaferros que lavaban el dinero proveniente de la droga. Como todos en la familia, tía Aurelia conocía mis tendencias, mis pasos, mis pellejerías y deploraba las opciones que había adoptado. Aun así, las respetaba. Pareció ensimismada, se encajó, sin necesidad, los carísimos anteojos multifocales que le habían diagnosticado, abrió la cartera, hizo como que buscaba algo y la volvió a cerrar, hasta que dijo:

-Estoy de más, me doy cuenta. Me vuelvo sola a la casa, Pilar y te dejo conversando con esta luminaria del foro nacional. No. No se preocupen. No estoy tan chuñusca, me puedo manejar perfectamente sin ustedes, jovenzuelos eternos.

Ni Claudio ni yo éramos ya jóvenes y se produjo una breve pausa de embarazoso silencio. Hasta que le repetí:

-En verdad, estás estupendo. Para serte bien franca, siempre te encontré súper atractivo, pero jamás imaginé que los años te mejorarían hasta el punto que veo, tan bien crecido, con un aire tan, pero tan señorial.

-Gracias, de veras muchas gracias, Pilar. Tú parece que abrazaste el estilo hippie, que a mí no me sienta. Y respondo a tu cumplido con sinceridad: andas regia, los años han pasado en vano por ti.

Se produjo un brevísimo intervalo, en el cual ambos nos contemplamos sin disimulo. De súbito, él me preguntó

-Has venido aquí por los huesos, ¿no es cierto?

Sentía cierta reticencia al responderle, pero le pregunté:

-¿Sabes algo?

-Sí-. Lo dijo casi para sí mismo. -Hay dos grupos de osamentas y un tercer conjunto, astillas, fragmentos, tejidos óseos, aislados del resto. Todas son de hace

veinte o treinta años. Aunque he seguido tu carrera muy de cerca y sé a lo que te dedicas, me atrevo a inferir que hay un caso sin relación directa con tu artículo, que es el que te interesa más.

-Eso habrá que verlo –le respondí, en forma más desabrida de lo que hubiera deseado. Enseguida, me deshice de mis reticencias y opté por confiar en él:

-Claudio, escúchame, por favor: voy a olvidar por un momento quién eres, y te pido un esfuerzo para que hagas lo mismo. Y sí, tienes razón. Ya sabes quienes me interesan. Igual, todas las demás víctimas me preocupan.

-Te puedo decir que son huesos de hombre. Los huesos de un hombre de veintitantos años. La calavera está destrozada.

Apenas fui capaz de preguntarle:

-¿Los encontraron debajo del promontorio, en los riscos sobre el lago?

-Hay un escalón de piedra, una cueva abierta en la roca. Allí estaban los huesos. Nada de ropa u otra cosa parecida.

-¿Ni un cinturón, nada de cuero, zapatos, una billetera?

-Nada de eso después de tantos años. Los pumas se refugian ahí si las tormentas de invierno interrumpen su cacería. A veces llegan zorros.

No quería decirlo, pero tenía que hacerlo:

-¿Ella lo mató?

-No lo sabemos.

-Ella lo amaba y él quería escaparse. No podía permitirselo.

A estas alturas, me daba perfecta cuenta de que el horror circundante, el de los padres, hijos, hermanos, esposos de los ejecutados, había pasado a un segundo plano y mi obsesión con Helena y Marcelo me nublabla la vista hacia lo que estaba acaeciendo. Es decir, me separaba de los hechos, para los que he vivido siempre. En ese momento, decidí analizar semejante fenómeno más adelante y proseguir el rumbo que la conversación había tomado con Claudio Lyon. He gastado mi existencia en una constante, perpetua, devastadora autocrítica, incluso llegando a pensar que cualquier trabajo que emprendiera, fuese el que fuese, estaba, de antemano y por el mero hecho de ser yo la protagonista, condenado al fracaso.

Ante Claudio, sin sospechar todavía lo que iba a seguir, tomé la férrea determinación de cumplir mi plan a carta cabal.

-Pilar, si ella lo hizo, nunca lo sabremos –dijo Claudio.- Es imposible llevarla a juicio sin pruebas, aunque fuesen presunciones fundadas. El homicidio, si es que lo hubo, se halla, además, requetecontra prescrito. Sí, ya conozco las interpretaciones de los abogados de derechos humanos: la prescripción no rige para los crímenes contra la humanidad. El problema es que en Chile, por desgracia, eso todavía es letra muerta, sin contar con la amnistía promulgada por los militares, para guardarse las espaldas de todas sus atrocidades. Ese infame decreto, que lleva el número 2191, otorga perdón jurídico al genocidio que tuvo lugar entre 1973 y 1978 y sigue siendo ley de la República, para vergüenza y escándalo, tanto nacionales como internacionales. Pilar, no nos veamos la suerte entre gitanos: lo que te trajo de regreso a estos lares, después de tanto, tanto tiempo, está completamente al margen de los juicios relacionados con las masacres de 1973 en el Lago Ranco. Sin querer, me fui por las ramas con respecto a lo que pasó entre Marcelo y Helena. Sí, así es, Pilar. Además, estamos partiendo de la base de que la pudiéramos encontrar, de ubicarla en dondequiera que esté, lo que es prácticamente imposible dados los años transcurridos.

-Ella estaba esperando un hijo suyo y él los iba a abandonar a ambos, a ella y a él.

En algún lugar, de seguro Santiago, la mejor ciudad para esconderse del planeta, hay una mujer, todavía joven, erguida como una lanza, con largo pelo negro colgando de su espalda. O quizá un hombre de cabello arenoso, ágil, delgado, pero musculoso y fuerte.

-Ella lo amaba –continué repitiéndolo para mí misma, sin mirar a Claudio.

-No creo que lo haya planificado –dijo Claudio-. No pienso que ésa haya sido su intención. Me parece que fue un accidente.

En un acceso de furia, ella cogió un peñasco y empezó a hacerle pedazos la cabeza. Y continuó haciéndolo hasta que él expiró, antes de que la joven se diera cuenta de lo que hacía. Y Marcelo rompió el hilo de abalorios al tratar de librarse de ella. Helena debió haber agarrado una roca de gran tamaño, porque Marcelo

era más fuerte y, de haber podido hacerlo, de haber sabido cómo salir del paso, la habría inmovilizado.

-Mira, Pilar, tengo formación legislativa, claro, eso está a la vista. Pero por favor, discúlpame la grosería que te voy a largar: frente a ti y a todas las personas que nos salvaron de ser una completa porquería, una inmundicia, un pozo séptico desde Arica a Magallanes, frente a todos esos pocos que se jugaron enteros durante casi veinte años, me saco el sombrero y me limpio el culo con lo que sea o no sea legal, con la juridicidad o verosimilitud de los fundamentos en que se sustentan los procesos a que dan lugar sus reclamos y las acciones descabelladas que se les ocurra deducir en los juzgados. Si a mí me corresponde reabrir un juicio fenecido, pues lo haré y voy a citar, detener y declarar reos a cuantos asesinos anden felices de la vida, sueltos por la calle, por más que eso me cueste la remoción que pueda ordenar la excelentísima y asquerosísima Corte Suprema. Así que me da lo mismo que pongas a Marcelo como detenido desaparecido. Al paso que vamos, uno más es la nada misma frente a los asesinatos que esta gente perpetró. Por mí, si se pudiera demostrar que, aparte de todo lo que hicieron, practicaron el canibalismo, lo saludaría como una victoria para que, de una vez por todas, tantos imbéciles que siguen con los ojos cerrados en este país de mierda, los abran para siempre.

Mientras el hombrachón con rostro tan blanco como la harina –la harina de Marcelo, la cara de leche del niño que lo veneraba- me hablaba de prescripción, genocidio, procesos, amnistía, pruebas, presunciones, me parecía escuchar la sempiterna letanía de los abogados y tinterillos que se escudan en su fraseología idiota para dejar sin argumentos a los periodistas o impresionar a auditorios incautos. Me di cuenta que apenas le había oído lo que dijo. Porque, en estos instantes, realmente quedé estupefacta ante las palabras de Claudio. Si bien estaba lejos de considerarlo un troglodita, habría jurado que apoyó a la dictadura, como, por lo demás, todos los jueces lo hicieron. Pareció leerme el pensamiento, porque rió, un poco nervioso, para agregar enseguida:

-Me doy cuenta que te sorprende lo que te digo, Pilar. Y me extraña su poco, ya que, con la excelente memoria que has demostrado poseer, deberías tener

mejores recuerdos míos. No, no me interrumpas, sé que me vas a decir que las vacaciones que de niños pasábamos fueron maravillosas y todo lo que sigue. Pero tendrías que haber sabido que yo era bastante diferente a la gente de mi grupo social, de mi clase. Claro, de ahí a ser comunista, como tú, hay mucho trecho. Sin embargo, nunca estuve de acuerdo con el derrocamiento del gobierno constitucional ni mucho, muchísimo menos, con todo lo que vino después. Nada, nada en el mundo justifica la barbarie, el salvajismo, la cobardía de estos desalmados. Fui, creo, si no el primero, uno de los primeros en inscribirse para que Pinochet no siguiera gobernando. Y aunque el voto es secreto, sobre todo en el caso de un magistrado, ya tendrás una idea clara acerca de mis preferencias políticas.

De pronto, me puse a llorar. Ya lo dije: casi nunca lo hago y sé cómo evitarlo. Ahora, en cambio, las lágrimas corrían y también la risa me sacudía, porque si me empeñaba en explicarle a Claudio las diferencias que sostuve con los comunistas y mis posiciones actuales con respecto a la transición democrática, nos enredaríamos en una discusión torpe y obtusa. Por lo demás, el asombro dio lugar a una especie de gratitud frente a este hombre un tanto macizo, bastante bien parecido, con su piel lisa y el aspecto aniñado, que salió mucho más perspicaz y emotivo de lo que yo alguna vez pensé que podría ser. Así que le dije:

-Claudio, Claudio, me carga tener que admitirlo, pero me has dado una lección. Y me alegra que lo hayas hecho. Aunque detesto los clichés, nunca es tarde para aprender.

-Espero que no mencionarás a Helena en tu reportaje. Ya te dije: yo no voy a decir ni pío si agregas a Marcelo en la lista de detenidos desaparecidos bajo la dictadura. Pero, ¿para qué seguir atormentando a Helena? Ya ha vivido y va a vivir el resto de su vida con esto, un infierno, una interminable agonía de pérdida y dolor.

Él había amado a Marcelo, en una forma tal, que nunca volvería a sentir el mismo afecto por otra persona. Y como lo dije antes, ni un asomo de homosexualidad hubo en ese cariño. Si lo hubiera habido, me parecería fabuloso, pero Claudio era

y es muy posme para estos asuntos. Simplemente fue el culto de un quinceañero por su héroe.

-No lo haré –le dije-. Es difícil que alguien la recuerde, salvo mi tía Aurelia y sus contemporáneos. Entre ellos, puede haber algún chismorreo, pero, haciendo un esfuerzo de imaginación, hasta ahí no más llegaré. No hay muchos que realmente conocieran a Helena.

Me invitó a tomar café en un restaurante cercano y acepté encantada. En el trayecto, me informó:

-El próximo año me casaré por segunda y, espero, última vez. Con Rosita. ¿Te acuerdas de Rosita?

-¡Pero cómo no! ¡Ella era la mejor amiga de Marta!

Por cierto, ni se me pasó por la cabeza contarle los epítetos que Rosita disparaba en contra de él, ni la forma en que azuzaba a Marta y sus demás amigas para burlarse de Claudio. En todo caso, este romance tardío me parecía digno de un tango, uno de esos que repiten y repiten letras sobre las vueltas que tiene la vida.

-Nos vamos a casar por la Iglesia. No me preguntes cómo, si soy separado, pero ya sabes, las nulidades episcopales se pueden conseguir con influencias. Te pareceré cínico, después de lo que te dije antes, aunque no tenga nada que ver con la religión. El hecho es que Rosita quiere una boda en grande, con vestido de novia, raso, seda, encajes, flores, órgano, coros, solistas y todo ese aparataje. ¿Y quién soy yo para negárselo? Por supuesto que te enviaremos una invitación y sinceramente espero que vayas. No tienes para qué gastar en regalos, por favor no lo hagas si andas escasa de fondos. Y, claro, me gustaría que concurrieras con toda tu familia, no sólo el suertudo de Gastón Vargas, tus hijos también. Marta va a ir, ya nos lo aseguró.

El marido de Marta ocupa un alto puesto de gobierno. Viaja mucho, dentro y fuera de Chile. Ella ha tenido varias aventuras, me las ha contado en detalle y es incapaz de dejarlo. Trabaja en una firma de arquitectos, luego la deja, intenta obtener un empleo público, lo logra, al poco tiempo le hacen la vida imposible, se recluye en su casa y sus tres hijos siguen viviendo con ella, lo que le parece una

sinvergüenzura y una absoluta falta de tacto. No obstante, jamás les ha insinuado que se instalen por cuenta propia en otra parte.

-Yo era entonces más joven que Marta y sus amigas, -le dije a Claudio, más por llenar un hueco en el diálogo que por otra razón.

-Así es –recordó él-. Eras apenas una niña. Te sentabas junto a mí en el banco y observábamos a Marcelo.

-Sí –le respondí como en un eco.

Cerré los ojos y pude verlo.

-Era un bailarín extraordinario, fuera de serie. Y para qué te voy a venir con cuentos a estas alturas: creo que es el hombre más buenmozo que he conocido en mi vida.

Quizá para evitar el llanto, Claudio rió:

-Trataste de enseñarme a bailar.

Reí de nuevo, acaso por el mismo motivo que lo había hecho Claudio después de sincerarse conmigo:

-Es que tú tenías dos pies izquierdos.

Nos tomamos un segundo café y nos despedimos con un caluroso abrazo. Le juré que iría a su matrimonio. La idea me convencía poco, eso sí. Desde luego que no iba a poner a Helena en mi reportaje de portada. Si lo hacía, Marcelo quedaría fuera de las listas oficiales de perseguidos por el gobierno militar y su hija o hijo se verían imposibilitados de recibir la miserable pensión otorgada a los familiares de las víctimas. A pesar de los pesares, soy una escritora especializada en periodismo investigativo. De modo que trataría, por todos los medios, de encontrar a Helena. Estaba segura de que lo lograría, para así conocer, en su integridad, la historia de su verano sin verano.